

Carlos Lersundy

“La nuestra es una generación fallida”

EL PUBLICISTA Y DISEÑADOR GRÁFICO, YA RETIRADO EN LA LEJANÍA BUCÓLICA DE LA CALERA, AL NORTE DE BOGOTÁ, HABLA DE SUS ÉPOCAS DE HIPPIE EN NUEVA YORK, DE SU PARTICIPACIÓN EN EL FESTIVAL DE WOOSTOCK Y DE CÓMO VIVIÓ EN ESTADOS UNIDOS LA ÉPOCA DORADA DE LA PUBLICIDAD. AHORA ANDA EN EL CUENTO DE ENSEÑARLE A LA GENTE A VOLVER A VER, PARA QUE VEA MEJOR.

POR MARGARITA VIDAL GARCÉS

DESPUÉS DE 40 AÑOS de trasegar con éxito el duro y sugerente mundo de la publicidad, bien en pequeñas empresas tuyas dentro del país, o en poderosas multinacionales, con sede en Nueva York o Ámsterdam, y de dedicarle su vida a la pintura, al diseño gráfico, a la música y a la lectura, hoy Carlos Lersundy es considerado una autoridad en arte y publicidad en Colombia y América Latina.

Pero como el alma no le da (ni él lo quiere) reposo, y vive atosigándose de preguntas a las que quiere encontrarles respuestas, decidió un día cerrar su “chuzo” –como dice con gracia cachaca– y dedicarse a enseñar a jóvenes, a cuarentones, o a aquellos jubilados que no saben qué hacer con el ocio sobreviniente que ha irrumpido de golpe en sus vidas.

El taller se llama “Ver d nuevo” y, como su nombre lo indica, está ubicado en un paraje invadido de naturaleza, de serenidad y de pájaros, en la vía que conduce al pintoresco pueblo de La Calera, al norte de Bogotá. Muy cerca a la capital, como para darle contentillo al espíritu gregario y atender conciertos e invitaciones, lo suficientemente apartado como

para escapar del endemoniado tráfico de una ciudad que ya revienta por sus cuatro costados. “Ver de nuevo algo que podemos haber visto mil veces, hace que adquiera otro sentido frente a una nueva mirada”, dice con convicción, y agrega: “Todo el mundo puede aprender a dibujar, o a pintar, si con trazos, colores y sensaciones va ejercitando la imaginación y despertando el hemisferio derecho del cerebro, que es el que estimula la creatividad, las emociones, la autoestima y hasta el sentido del humor”. Verdad científica que sus felices alumnos avalan.

A sus pupilos les enseña a dejar de lado temores, prevenciones y taras, y a soltar la mano y la mente para hacerse –de entrada– un autorretrato. “Todos aprenden”, me dice como retándome, y yo aprovecho para retratarlo de medio lado a él en esta entrevista, con el lado izquierdo de mi cerebro.

¿De dónde surge su pasión por la pintura y el arte?

Yo tendría unos cuatro años y estaba solo en mi casa con la niñera, que me descuidó en un momento dado, y a mí se me

atravesó una crayola. Luego me tropecé con una pared y sentí algo parecido a lo que hoy llaman “empoderamiento”. (Risa). Fue tal la sensación de dominio, que empecé a repetir y repetir el dibujo hasta que llené la sala con un hermoso mural. Mi madre, que era una mujer perspicaz y de avanzada, en vez de regañarme me regaló lápices de colores y mucho papel para que diera rienda suelta a mi creatividad. Así empezó mi carrera como pintor, como diseñador gráfico y como enamorado de lo visual y, específicamente, del diseño.

Muy sabia su mamá que lo alentó, pero, ¿por qué su carrera en la música (otra de sus pasiones) sí se frustró?

(Risa) Tenía catorce años y esta vez se me cruzó un saxofón, en el que empecé a tocar las escalas con gran frenesí, hasta que un día mi papá, desesperado, me lo quitó porque lo estaba enloqueciendo con el ruido. Ahora lo estoy retomando.

¿Qué influencia tuvieron en esa pasión suya por la música su convivencia en Nueva York con Ellen Stewart, fundadora del legendario Teatro La Mama, y Tom O'Horgan, creador